

Cuenca, Guadalajara y Avila, hostilizando a la vanguardia del Intruso y de Soult constantemente.

En octubre Palarea se encargaba de la defensa del puente de Toledo, formando parte de la línea del ejército aliado sobre el Tajo, con los cuerpos Numantinos de su mando y los Húsares de la Romana que se le agregaron y allí se sostuvo hasta la retirada total de los aliados. Ante el avance francés, el general Hill recogió las fuerzas anglosajonas que tenía en la línea del Tajo y el 30 de octubre pasó por Madrid. Destruyó a su paso las fortificaciones del Retiro y otras no militares como fué especialmente la célebre Casa de la China, famosa por la esmerada fabricación de porcelanas, que hizo pensar al pueblo que se trataba de destrucción interesada para hacer desaparecer la competencia con las casas inglesas, lo cual causó gran malestar. «Tel fut le souvenir que laissèrent à Madrid de leu visite, ces «chers alliés».

Quedó la ciudad desamparada y en tanto que llegaban los ejércitos imperiales estuvo al frente del gobierno de Madrid el alcalde constitucional D. Pedro Saínz de Baranda, que desempeñó su cargo a entera satisfacción de las dos partes contendientes, porque los guerrilleros continuaban merodeando en las cercanías de Madrid. El día primero de noviembre se presentaba en el puente de Toledo un coronel francés, parlamentario enviado por el rey José para acordar todo lo referente a su entrada en Madrid. La cual se verificó pacíficamente a las dos de la tarde del día dos de noviembre, día de Difuntos. Poco tiempo estuvo en la Corte Bonaparte porque el siete salía de nuevo en persecución de Hill y del ejército angloportugués que en franca retirada caminaba apresuradamente hacia sus líneas defensivas de Portugal.

Quedaba con ello otra vez Madrid libre de franceses, que en los cinco días de su permanencia no buscaron la menor venganza ni castigo por el triunfal recibimiento que la población había tributado a los guerrilleros. El mismo día 7 los guerrilleros Palarea, Empecinado y Bassecourt entraban en Madrid y D. Pedro Saínz de Baranda volvía a regir los destinos de la corte abandonada, con el mismo acierto que en la vez anterior, siendo necesaria toda su autoridad y energía para impedir los desórdenes y turbulencias y restablecer la tranquilidad. Como la disciplina era difícil sostenerla con los guerrilleros dispersos por Madrid, a donde habían acudido nuevas partidas, el regidor Saínz de Baranda expuso a sus jefes la necesidad de su rápida salida y las ventajas de tener sólo una pequeña guarnición. Aceptaron los jefes de partidas esta suge-

